JUAN JOSÉ MILLÁS

MI VERDADERA HISTORIA



Y TÚ... ¿QUÉ ESCONDES?

ESPA PDF

El narrador de Mi verdadera historia es un adolescente de doce años como otro cualquiera, con sus miedos, inseguridades y deseos de nuevas experiencias. Un día, volviendo del colegio, arroja una canica desde un puente y ocasiona un accidente de tráfico que acaba con la vida de toda una familia. Solo se salva Irene, una chica de su edad, que queda tullida. A partir de ese momento, la culpa va cobrando forma en su mente y el protagonista halla en este hecho delictivo (convertido en su gran secreto) y en su obsesión y su amor por Irene la única salida a un entorno familiar que se desmorona mientras sus padres se divorcian.

Una novela para lectores de 12 a 92 años.



Juan José Millás

Mi verdadera historia

ePub r1.0
Titivillus 04.12.17

Título original: *Mi verdadera historia*
Juan José Millás, 2017
Ilustraciones: Lucas Climent Baró

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

1

Yo escribo porque mi padre leía. Miradme en el salón de la casa de entonces, los muebles oscuros, oscuro yo también detrás de la butaca. Soy ese crío al que su madre dice: no grites, que papá lee; no corras por el pasillo, que papá lee; baja la televisión, que papá lee… Papá lee. Papá no hace otra cosa que leer. A veces yo ocupaba su sillón y abría uno de aquellos libros imitando los gestos de papá. Cuando lo cogía del revés, mi madre se reía de mí. No sé quién está mal colocado, decía, si el libro o tú. Escribo porque me gustaba imaginar que el libro que papá tenía entre sus manos era mío. Escribo también del modo en que habría sido preso si mi padre hubiera sido funcionario de prisiones.

Cuando aprendí a leer, tomaba los libros del derecho, aunque me parece que yo continuaba del revés, y los leía imaginándome que era mi padre leyéndome a mí. ¿Qué pensaría él de esta frase, o de esta otra, escritas por su hijo? Uno de los primeros volúmenes de la biblioteca de papá cuya portada fui capaz de deletrear llevaba por título *El idiota*, lo que constituyó uno de los misterios más extraordinarios de aquellos años. Leí algunas líneas, pocas, de esa novela buscándome en ella, fantaseando que la había escrito yo e intentando entender qué veía mi padre en el idiota (en mí). Y es que yo tenía conciencia de ser un poco bobo, entre otras cosas porque me meaba en la cama a una edad en que no era normal.

No juegues en el pasillo, que papá lee. Un día papá salió en la tele y yo lo vi junto a mamá, que estaba muy emocionada. Se trataba de un programa de libros en el que mi padre discutía con otros que también leían y con algunos que escribían. Confirmé oscuramente que mi sitio, de tener yo un sitio, estaba entre los que escribían, porque no me costó imaginármelos meándose en la

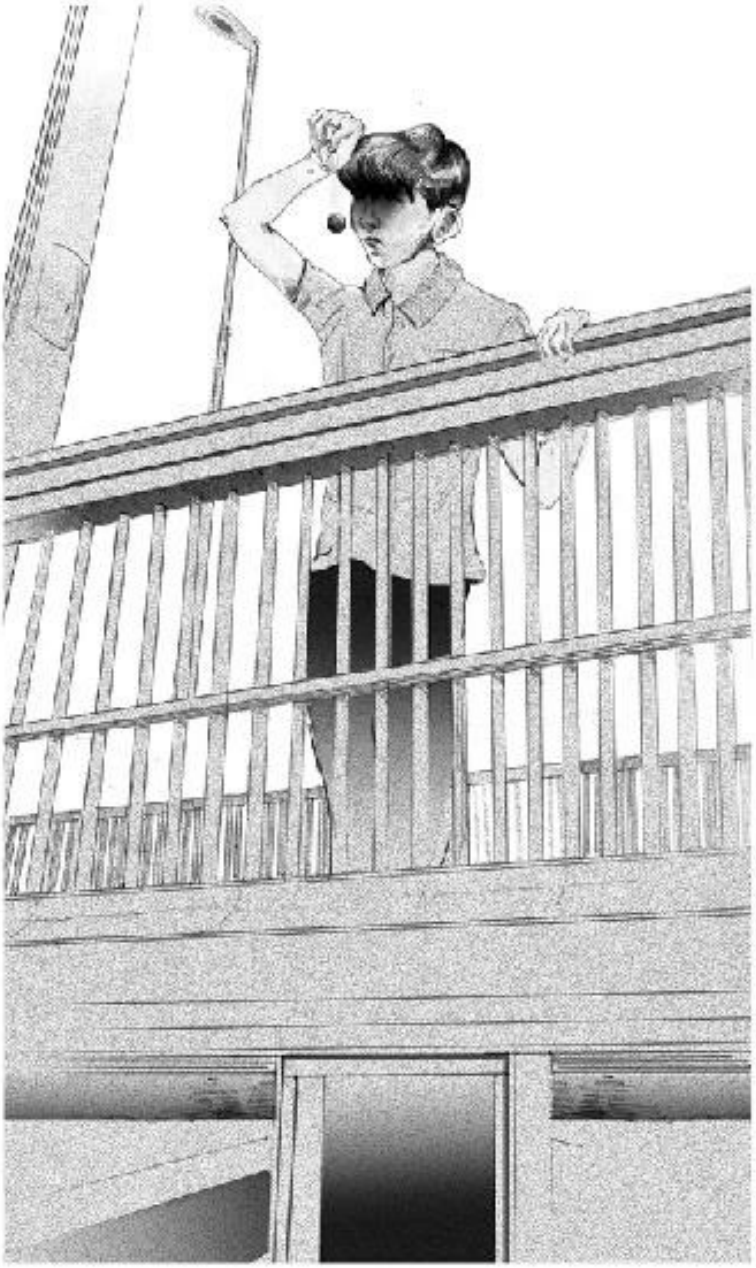
cama. Cuando mi padre volvió de la tele, mi madre le dio en la boca un beso que me afligió a mí más de lo que a él le alegró y le dijo que había estado muy bien. El mejor de todos, recalcó frente a su expresión de duda. El teléfono sonó varias veces y eran amigos o familiares que le decían lo mismo, que había estado muy bien, el mejor de todos. Al día siguiente mi padre aseguró que nunca volvería a la tele. Desde mi insignificancia mental, intuí que era un modo de defenderse de que no volvieran a llamarle.

2

Por aquellos días (acababa de cumplir doce años y seguía meándome en la cama) sucedió un hecho horrible, y también portentoso, del que daré cuenta ahora por primera vez. Lo creáis o no (y sería preferible que no, aunque quizá recordéis la historia, pues salió en todas partes), un lunes, al volver del colegio, tomé la decisión de suicidarme, para lo que me acerqué a un puente por debajo del cual pasaba una autopista que caía cerca de casa. Tal vez no me distingáis bien porque los días de invierno son cortos y había comenzado a oscurecer. Pero esforzad la vista, miradme cómo observo hipnotizado a los automóviles en su ir y venir, ¡zum, zum, zum!, soy ese pobre crío que va a saltar ahora mismo por el puente calculando que morirá al instante, como los insectos al golpearse contra el parabrisas. Mi padre, en verano, al llegar a la playa, observaba con fascinación la delantera del Citroën para comprobar la cantidad de bichos que se habían estrellado contra la carrocería y que parecían letras rotas. ¿También yo parecería una letra rota?, ¿quizá una mayúscula? Me gustaba la idea de que mi padre me observara con el extraño hechizo, tal vez con el dolor, con el que contemplaba a los insectos.

Aunque no tengo el tamaño de una libélula, ni siquiera el de un gorrión (también, excepcionalmente, se estrellaba algún pájaro), soy menudo y delgado, de modo que, si me arrojo desde el puente, seguro que perezco en décimas de segundo. Antes de tirarme, y por comprobar ingenuamente, no sé, que la fuerza de la gravedad funciona, saco del bolsillo una canica gorda, de cristal, que he encontrado ese día en el patio del colegio, y la dejo caer sobre el torrente automovilístico y va a dar contra el parabrisas de un Mercedes que hace un extraño antes de saltar la mediana e invadir dando vueltas el carril contrario, donde choca de frente contra un camión.

Sentid en vuestro corazón cómo se detiene el mío. Notad mi dolor en vuestro pecho. Padeced como si os perteneciera mi asfixia. Comprobad cómo se os nubla la vista por la falta de oxígeno. Olvidaos de suicidaros porque ya estáis muertos y huid de la escena del crimen sofocándoos porque no respiráis y asfixiándoos porque respiráis demasiado.



3

Llegué a casa sin cuerpo. O, mejor, con un cuerpo blando, casi líquido, hasta los dientes parecían flexibles. Me había meado y hecho caca mientras corría con mis piernas de fieltro y respiraba con mis pulmones de paño y observaba la realidad con mis ojos de gelatina. Ya oía el ruido de las sirenas de la policía o de las ambulancias. Ya me encontraba frente a la puerta de mi casa. Ya sacaba la llave, atada a una cinta de cuero que colgaba de mi cuello. Ya lograba introducirla en la cerradura tras cuatro o cinco intentos fracasados (mis dedos, blandos, no eran capaces de sostenerla). Ya cerraba la puerta tras de mí. Ya comprobaba que no había nadie en casa, aunque mi madre no tardaría en llegar. Ya alcanzaba el cuarto de baño. Ya mis músculos de verdad comenzaban a sustituir a los de trapo. Ya empezaba a sudar. Ya la saliva regresaba a mi boca. Ya mis ojos retomaban la flexibilidad de los órganos húmedos. Ya me quitaba los zapatos y los calcetines. Ya me bajaba los pantalones y los calzoncillos meados y cagados. Ya me limpiaba las piernas y el culo con papel higiénico. Ya se oía el ruido de la puerta. Ya los pasos de mamá avanzaban por el pasillo. Ya oía yo su cantinela (¿hay alguien en casa?). Ya me quedaba paralizado. Ya se detenían los pasos frente a la puerta del cuarto de baño. Ya sonaban los golpes de mi madre al tiempo de llamarme (¿estás ahí?). Ya abría yo la puerta dejándome ver en aquel estado. Ya mi madre, ansiosa, se agachaba sobre mí preguntando qué ocurre, qué ocurre. Ya digo me he meado y me he cagado, mamá. Ya pienso, entre la niebla, que sería bueno llorar (pero no me sale). Ya me toca mi madre la frente. Ya pone la cara de preocupación y fastidio de cuando caigo enfermo. Ya ve los pantalones y los calzoncillos sucios, ya los pedazos de papel higiénico en el interior de la taza del retrete abierta. Ya se hace cargo de la

situación. Ya recoge la ropa, ya me mete en la bañera, ya me da la esponja, ya señala dónde debo frotarme. Ya me pregunta qué he comido en el colegio, ya si me duelen la tripa o la cabeza. Ya la realidad (una realidad inconcebible) va volviendo a su ser. Ya estoy con el pijama puesto. Ya remuevo un yogur con una cucharita. Ya llega papá, ya pregunta, ya asiente sin interés alguno, ya se pone a leer…



4

Dan la noticia por la tele, sale en los periódicos, se comenta en el colegio, en casa, en la calle. Me entero de que en el Mercedes siniestrado viajaban un matrimonio, una niña de mi edad y un chico más pequeño. Mueren todos menos la niña de mi edad. Es un milagro que esté viva, dicen, aunque grave, en el hospital. Mientras hablan, imagino a la niña con la cabeza llena de tubos. He adquirido, para disimular mi condición de asesino, una suerte de rigidez facial que todavía conservo. Mi mirada es neutra, mi sonrisa, imparcial, no hay forma de deducir de ellas lo que siento. Se sabe ya que alguien arrojó un objeto desde el puente, se publica luego que el objeto era una canica de cristal que se deshizo prácticamente tras el impacto. Se menciona que hay en los alrededores varios colegios. Un día, desde la ventana del aula, en clase de Lengua, veo al director en el patio, hablando con dos señores, quizá dos policías. No soy de esos niños que llevan canicas de cristal, no las colecciono, no juego con ellas. La encontré en el patio y me la metí en el bolsillo. Tampoco soy un niño conflictivo. Un inspector viene y nos da una charla sobre el peligro de arrojar objetos desde el puente, que más tarde cubrirán con una malla. Mientras habla, observa los rostros de los niños, también el mío. Seguramente es un inspector-psicólogo, de modo que acentúo la expresión de neutralidad, el gesto de idiota. *El idiota*, la novela que leía mi padre, conozco ya el nombre del autor, Dostoievski. Pasa el tiempo, el cerco comienza a aflojarse.

Permanezco el resto de mi vida rodeado de gente normal sin que adviertan que no soy uno de ellos. Si dices que sí a todo, la gente te toma por normal. Abrígate, que hace frío. Sí. Del colegio, directo a casa. Sí. Es hora de acostarse. Sí. No importa lo que pregunten, tú di a todo que sí. A veces, para

decir sí, conviene decir no. ¿Mientes a menudo? No. Ese no es un sí. De un modo misterioso, mi espíritu se ha contagiado de la imparcialidad impresa en mi rostro. Me convierto en un observador amable. Pero a medida que el cerco se afloja fuera de casa, se estrecha dentro. Un día vuelvo la cabeza y descubro que mi madre lleva un rato observándome. Ella, asustada, desvía la vista. Me doy cuenta de que ata cabos.

5

Mi madre ata cabos durante el día y los desata por la noche. Hay en ella a veces una expresión de cómo no me había dado cuenta antes (los pantalones meados y cagados, mi cara de terror…) y a veces una expresión de no es posible, no es posible, mi hijo no. Mi madre sabe, todas las madres saben. Con el paso de los días advierte que yo sé que ella sabe. Pactamos, sin palabras, no hablar jamás de ello. Después de todo, debe de pensar, la desgracia ya no tiene remedio y delatar al niño solo serviría para añadir más dolor a la desdicha. Quizá piense también que, si de verdad he sido yo (pero no, no puede ser, él no), ese secreto terrible funcione al modo de una vacuna contra las tentaciones que me salgan al paso durante el resto de la vida. Tal vez, para pagar la culpa, o por miedo a ser descubierto, no sea de mayor alcohólico ni drogadicto ni delincuente ni violador ni nada, en general, de las cosas que más teme (y que yo temeré). Tal vez incluso me convierta en lector, porque leer es, para mi madre, la garantía de una vida de orden. No así, contradictoriamente, escribir, pues con el tiempo advertiría que los escritores, tanto a ella como a mi padre, les provocan una animadversión incomprensible. Lo más probable es que mi madre se haya dado cuenta de que desde el accidente soy mejor, si cabe, que antes. Protesto menos, estudio mucho, me cepillo los dientes, me lavo las manos… Soy más normal, en suma, me convierto en un modelo de normalidad para que nadie descubra al niño raro que se esconde detrás de aquel rostro neutro.

¿Habló mamá del asunto con mi padre? No estoy seguro, aunque también su mirada sobre mí sufrió alguna transformación. Yo había desarrollado unos sensores anímicos con los que detectaba cualquier cambio de actitud, por pequeño que fuera, en quienes me rodeaban. Un domingo, al volver del

cumpleaños de un compañero de clase, lo descubrí leyendo un libro titulado *Crimen y castigo,* también de Dostoievski, el autor de *El idiota*. Me quedé sin aire, pero ya había aprendido a asfixiarme sin mover un solo músculo del rostro, de modo que cuando levantó la vista del volumen encontró delante de sí al agonizante normal, al de todos los días.

6

Crimen y castigo. ¿Sería la segunda parte de mi biografía? De la primera, *El idiota*, había picoteado a escondidas aquí y allá sin sacar nada de provecho, sin entender otra cosa que el título, lo que de verdad no era poco. Pero no me atreví a tocar *Crimen y castigo* entonces (tampoco luego ni ahora, nunca), pues pensaba que el mero hecho de acercarme a esa novela podría delatarme. En cualquier caso, el título sugería que el delito y la pena vivían asociados y que no podía darse el primero sin la segunda, de la que yo venía escapando hasta entonces de forma milagrosa. «De la que yo venía escapando», he dicho ingenuamente, como si la pena no me hubiera alcanzado, y de la forma más atroz que quepa imaginar, con un sentimiento de culpa constante que envenenaba mi existencia diaria y con un pánico insaciable cuyos efectos se concentraban en los pulmones y en el vientre (aún hoy, prescritos los hechos, escribo bajo los efectos físicos de ese pánico). Era un niño lleno de agujeros, no los que tiene todo el mundo aquí y allá, en el cuerpo, sino los agujeros negros que dicen que posee el universo y que devoran cuanto pasa cerca de sus bordes, incluida la luz.

Entretanto, la niña de mi edad que había sobrevivido al accidente salió del hospital, eso dijeron, para entrar en mi cabeza. Pensaba en ella al acostarme y al levantarme y al desayunar y al comer y al ir y venir del colegio. Me preguntaba con quién viviría, si le habrían quedado *secuelas*, palabra que salió de los labios de mi madre y cuyo sentido no fue preciso buscar en el diccionario. Construí una novela según la cual la niña se había quedado ciega (no coja ni paralítica, posibilidades que descarté) convirtiéndome yo, por una de esas cosas de la vida, en su lazarillo. Fantaseaba con situaciones en las que nos conocíamos (a veces por casualidad, a veces porque yo, de mayor, la

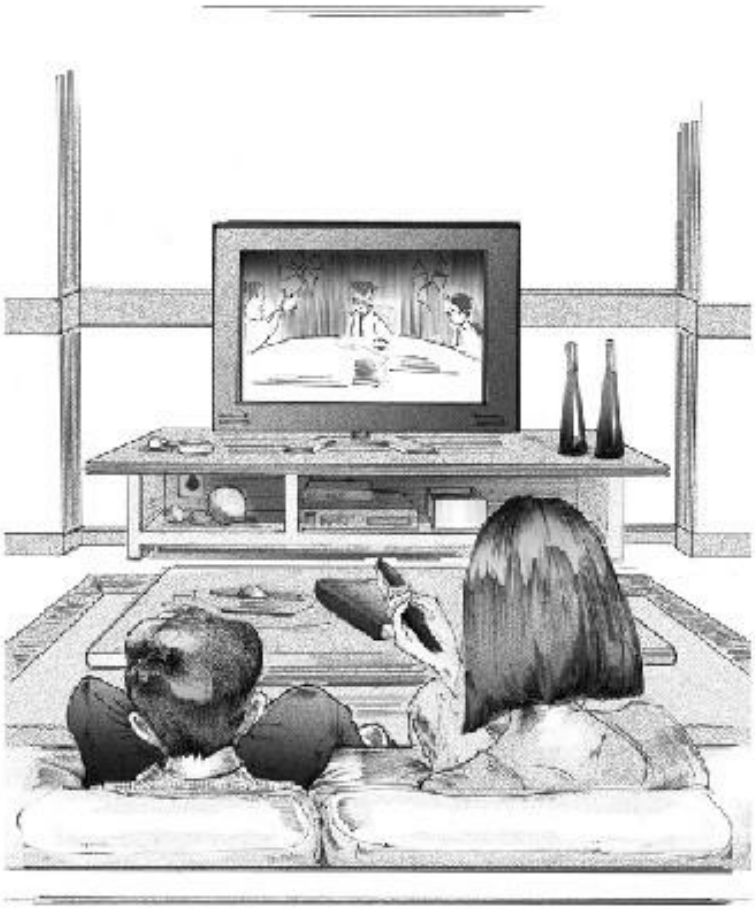
buscaba) e imaginaba que se enamoraba de mí. Gracias a la ceguera, no podía ver la máscara de neutralidad en la que se había convertido mi rostro, de modo que nos casábamos y teníamos hijos y ella me quería cada día más y cada año me estaba más agradecida y la vida discurría sin que jamás le confesara mi verdadera identidad, ni siquiera en el lecho de la muerte, pues siempre me moría yo antes que ella.

7

A mi padre empezaron a llamarle de la tele de forma regular, y nunca dijo que no. Su trabajo consistía en debatir con gente que leía o escribía libros. Por el respeto, casi miedo, con el que los que los escribían escuchaban a papá, pensé que escribir era un modo de seguir meándose en la cama, pues aquellos adultos actuaban como si él pudiera castigarlos. Yo continuaba meándome, quizá porque todavía no había empezado a escribir. Mi madre y yo veíamos siempre juntos las intervenciones de papá. Cuando hablaba bien de un libro, me gustaba imaginar que lo había escrito yo. Quizá era un modo de suponer que aprobaba mis meadas, por las que había manifestado siempre una repulsión que me hacía daño. Mucho. Cuando volvía de la tele, mi madre ya no le decía que había estado bien, el mejor de todos, ni le daba un beso en la boca porque ya no se querían como antes. No se querían por mi culpa.

En uno de aquellos programas, al hablar de un escritor, papá dijo de él que tenía talento, pero que no tenía nada que contar. Aquella distinción me movilizó, pues entendí que daba más importancia a lo segundo que a lo primero. Quizá yo careciera de talento, pero tenía algo que contar. Empecé entonces a darle vueltas a la idea de narrar lo ocurrido en aquel puente hacía ya dos años (ahora tenía catorce). La historia, me parecía, estaba a la altura de las que se resumían en las solapas de los libros de nuestra biblioteca. A partir de aquel instante, una de mis fantasías recurrentes fue la de que escribía un libro en el que confesaba los hechos y del que mi padre hablaba (bien) en la tele. Disponía de un material muy fresco si pensamos que el suceso no había dejado de ocurrir, pues volvía a suceder cada día de la vida, a veces cada hora, en el interior de mi cabeza. Además, el pánico a ser descubierto permanecía intacto (crimen y castigo). El problema era cómo dar cuenta de lo

sucedido sin ir a la cárcel. Por eso, y aunque el libro no dejaba de crecer en mi imaginación, decidí aplazar su escritura para «cuando fuera mayor». Lo firmaría con *pseudónimo*, palabra que utilizó papá en la tele y cuyo significado averigüé enseguida. Pensar en ese libro (y en el pseudónimo) era un bálsamo para una existencia feroz. Entonces ocurrió lo portentoso.



8

Lo portentoso fue que un día, en la calle, mi madre señaló a una chica de mi edad. ¿Sabes quién es?, dijo. No, dije yo. Es, dijo mi madre, la niña que no murió en el accidente. Dijo eso y se quedó callada, creo que observándome. No era necesario que añadiera nada más, pues en mi vida solo había habido un «accidente» (también en la de ella, por lo que con el tiempo iría averiguando). ¿Qué accidente?, pronuncié con todos los síntomas del pánico empujando desde los intestinos. El del puente, logró articular ella, reprimiendo también su miedo, ¿no te acuerdas?, hace dos años, cuando alguien tiró una bola de cristal a los coches que pasaban por debajo. Ah, dije yo, e intercambiamos una brevísima mirada repleta de un espanto de ida y vuelta.

Continuamos andando el uno junto al otro, intentando mantener las apariencias. Volvíamos del médico porque yo estaba muy delgado y había sufrido algún episodio de lo que mis padres nombraban como «crisis de ausencia», que consistían en pérdidas aparentes de conocimiento durante las cuales interrumpía lo que estaba haciendo, fijaba la mirada en un punto y no hablaba. Excepto la primera, las demás fueron fingidas y estimuladas, sin querer, por ellos. Sucedió que una noche, durante la cena, yo estaba rememorando el «accidente» con tal intensidad que me abstraje de todo cuanto me rodeaba durante unos segundos. Mi madre, preocupada por mi cara de ido, con la cuchara suspendida en el aire, me interpeló sin hallar respuesta. Asustada, me zarandeó para que volviera en mí. Más tarde, cuando espiaba una conversación entre ellos, mi padre pronunció la expresión «crisis de ausencia» para referirse a lo sucedido. Me gustó que tuviera nombre, y que fuera tan sugerente. Por eso, y porque les preocupaba, perfeccioné el método

y les serví a lo largo de los días siguientes tres o cuatro ausencias que aconsejaron la consulta de la que ahora regresábamos y a las que el médico, tras examinarme, quitó importancia, atribuyéndolas, como mi delgadez, a trastornos de crecimiento.

La recogieron unos tíos suyos que viven cerca de aquí, añadió mi madre refiriéndose de nuevo a la niña superviviente, que según advertí no era ciega ni paralítica, pero sí coja, algo que en mis fantasías había descartado por completo.

9

Además de coja, la niña era fea, lo que tampoco había formado parte de mis delirios expiatorios. Aquel choque entre la imaginación y la realidad me trastornó. Miradme en mi habitación, sentado a la mesa, con el libro de Geografía abierto delante de los ojos. Mamá, que ha pedido permiso en el trabajo para recogerme a la salida del colegio y llevarme al médico, está preparando la cena. Papá no ha vuelto de la universidad. Cada uno en un sitio, cada uno en su mundo, con un secreto horrible circulando entre los tres. A la culpa de siempre, he de añadir ahora la del raro fastidio provocado por la fealdad de la niña. Y su cojera.

Cada vez que oigo un ruido en el pasillo, paso una página del libro de texto como si ya hubiera leído la anterior. Tengo en la mano derecha un lápiz muy afilado con el que tomo notas en un cuaderno. Sin darme cuenta, he escrito en el cuaderno las palabras *coja* y *fea*. Si entrara mamá en ese instante… Tacho lo escrito de tal modo que se rompe la mina. Por precaución arranco la hoja, que despedazo y mastico minuciosamente antes de arrojarla a la papelera. Compruebo después si ha quedado alguna huella de lo escrito en la siguiente. Y sí, por lo que la arranco también, y la siguiente, no vaya a ser que. He adquirido hábitos de asesino profesional, un profesional niño.

Entonces, con las lágrimas cayendo sobre un mapa, como para representar un río, tomo una decisión liberadora. Iré a la cocina y le confesaré a mamá lo ocurrido en aquel puente. Le diré que había ido allí para suicidarme y no para matar. Le explicaré por qué quería suicidarme (ella y papá tenían mucho que ver) y cómo las cosas se torcieron por culpa de una canica que me había encontrado en el patio del colegio. Si alguien no la hubiera perdido, quizá fuéramos felices, pues la verdad es que tampoco me

habría suicidado. Había ido otras veces a ese puente con la misma intención y había vuelto de él intacto. Cuando le contara todo eso a mamá, me liberaría de ello. Iba a hacerlo, estaba decidido, así que abandoné la habitación, recorrí el pasillo y aparecí en la puerta de la cocina. Ella se dio la vuelta, vio el pánico en mi rostro. Sabes, dijo antes de que yo abriera la boca, no es preciso contar todo a los padres, cada uno tiene sus secretos.



10

«Cada uno tiene sus secretos». Significaba que no quería saber. O que quería saber y no saber al mismo tiempo. O que quería saber sin saber. O no saber sabiendo. Todas aquellas posibilidades atravesaron mi cabeza, todas ellas, todas, lo juro, pese a que no era un chico listo, no era un crío con esa capacidad de análisis, era más bien un poco tonto, tonto en el sentido de que carecía de algunos de los vínculos que unen a las personas con la realidad. No sé si se habían roto al dejar caer la canica sobre los coches o si había dejado caer la canica porque estaban rotos. Sospecho, puesto que me meaba en la cama, que había nacido así. Por eso, por miedo a delatarme, no me atrevía a leer *El idiota* ni *Crimen y castigo*. Sabía en qué lugar de la librería estaban colocados, porque decir papá era decir orden alfabético, y a veces los tomaba a escondidas y leía la solapa, o la contracubierta, y hasta averigüé que Dostoievski sufría epilepsia, uno de cuyos síntomas, por cierto, eran las crisis de ausencia. La vida era pura casualidad. Te encuentras una canica en el patio del colegio por la mañana y eres un asesino por la tarde. De modo que, si lo queríais saber, es cierto, yo soy ese que no ha leído a Dostoievski. Habrá otros, claro, muchos que no lo hayan leído, pero yo soy el único que en el acto de no leerlo, increíblemente, lo leí. Por explicarme, sería un caso semejante al de aquel que no habiendo viajado nunca a París, y por eso mismo, por no haber podido pisar las calles de esa ciudad mítica, tiene de ella experiencias de una intensidad que están negadas a quienes la conocen.

«Cada uno tiene sus secretos». La frase significaba que mi madre no estaba dispuesta a compartir aquella carga. Fue entonces, creo, sí, fue entonces, después de aquella breve conversación en la cocina, cuando comprendí de un modo práctico lo que seguramente ya venía sospechando de

un modo teórico: que los adultos eran niños también, que eran personas muy desamparadas, que hacían frente a los ataques de la realidad, más que como debían, como podían. Y que luego se las arreglaban para transformar lo que podían hacer en lo que debían hacer. Los adultos estaban también llenos de pánico, de un pánico que quizá habían aprendido a disimular, pero que una mirada como la mía detectaba sin problemas en la suya.

11

Os diré ahora de qué modo era coja y fea la niña, de la que aún no sabía ni cómo se llamaba. Era coja porque una de sus piernas, la izquierda, tardaba un poco más que la otra en reaccionar, como si tuviera que pensárselo dos veces. Era coja porque esa pierna presentaba una suerte de rigidez que no era natural en las piernas comunes. Era coja porque se esforzaba en no parecerlo de la misma manera que el cobarde exhibe un valor de cartón piedra. Era coja por asimétrica, por desigual, por disímil. Y era fea, quizá, pienso, no sé, porque el lado derecho de su rostro, desde la sien hasta el maxilar inferior, estaba recorrido por una cicatriz que evocaba la grieta de una puerta que no encaja en su marco. Daba la impresión de que su cara se pudiera abrir para acceder a la calavera. Era fea también porque los pelos de la ceja de ese lado del rostro se agolpaban en un punto, del modo en que el imán concentra las limaduras de hierro en un espacio reducido.

Era muy fea, sí, y muy coja. Lo fui advirtiendo poco a poco, pues supe enseguida a qué colegio iba por el uniforme que llevaba cuando mamá la señaló (un jersey rojo, de pico, un polo blanco debajo y una falda escocesa que hacía juego con el jersey). Se trataba de un colegio de pijos, relativamente cercano al mío, que era público, porque papá defendía a muerte lo público. De modo que al salir del colegio público corría hasta el privado y merodeaba por los alrededores en busca de la niña superviviente. Hasta que un día tropecé literalmente con ella. Nos dimos de bruces al doblar una esquina y ella se cayó al suelo, y yo, en vez de ayudarla a levantarse, salí corriendo como si pudiera transmitirme la lepra, la lepra de su rostro. Una vez lejos, volví la cabeza y observé cómo se levantaba del suelo torpemente, no ya sin la colaboración de su pierna izquierda, sino literalmente en contra

de ella. Recuerdo haberme detenido en una esquina y haber jadeado como si acabara de correr la maratón. Y la había corrido, aunque se trataba de una maratón interna, donde lo que fatigaba, en vez de la distancia, era la intensidad. Había corrido por el interior de mí, quizá por el interior de la niña, hasta quedar extenuado, roto, desarticulado. ¿Le habría dado tiempo a ella a verme el rostro?

12

Una vez conocidas sus rutinas, comencé a seguirla. Por las tardes, a la hora de la salida, iba corriendo de mi colegio al suyo con la excitación y el pánico que conducen al lugar del crimen. Me preguntaba si su pierna izquierda sería de madera, si tendría un ojo de cristal (el de la ceja estropeada). Necesitaba estar cerca de ella, comparar su daño con el mío, como si también yo hubiera sido víctima del «accidente» y no su autor. Y mientras la seguía, imaginaba que íbamos el uno al lado del otro, que hablábamos, que nuestros brazos se rozaban, pues a medida que me familiarizaba con su presencia, me iba pareciendo menos fea, menos coja, incluso menos tuerta (en el caso de que tuviera un ojo de cristal). Los sábados y los domingos merodeaba por los alrededores de su casa y si por casualidad la veía salir, regresaban de golpe todos los síntomas que mi cuerpo estrenó el día del «accidente», solo que ya había aprendido a controlarlos, por lo que no me meaba ni me cagaba encima, aunque sí sentía algún que otro retortijón y me ahogaba un poco, pues los pulmones se quedaban bloqueados y tenía mucho frío o mucho calor sin saber de qué dependía que me atacara este o aquel.

Un día tropezó y se le cayó una carpeta que llevaba mal cerrada debajo del brazo. Al comprobar sus dificultades para agacharse, me acerqué impulsivamente y recogí la carpeta y los papeles y los metí dentro y se la entregué, todo ello con movimientos en los que no había coordinación alguna. Y ella, al darme las gracias, me miró a los ojos, y durante las milésimas de segundo que duró aquella mirada de rutina toda la fealdad de su rostro se transformó misteriosamente en belleza, como cuando un sabor que no te gustaba comienza de manera gratuita a enloquecerte. Advertí que el párpado del ojo izquierdo (el que yo imaginaba de cristal) tenía una suerte de

corte y un fruncido que, lejos de afear su expresión, la hacían interesante. Y los pelos de la ceja incompleta otorgaban a su cara la sugestión de lo asimétrico. En cuanto a la cicatriz que bajaba desde esa ceja hasta la mandíbula, creo que me ayudó a descubrir el prestigio de lo roto. Tal era mi turbación que al despedirme de ella los miembros de mi cuerpo iban cada uno por su lado, como si carecieran de un cerebro capaz de sincronizar sus movimientos.



13

Entretanto ocurrió algo grave: mis padres se separaron, creo que por mi culpa. Papá se fue de casa y yo me quedé con mamá, que no me quería, aunque me tenía lástima. Tampoco yo me quería a mí mismo, pero también me daba lástima. ¿Queréis saber la diferencia entre la lástima y el amor? Buscadla dentro de vosotros. Si no la halláis, es que habéis sido tan desdichados como yo. La lástima es un sucedáneo del amor, a veces un excelente sucedáneo, de ahí la dificultad para distinguirlos.

Papá seguía yendo a aquel programa de libros de la tele, en donde en una ocasión habló de la novela policíaca, a la que a veces se refería también como «novela criminal». Me pregunté, inquieto, si había elegido ese tema para hablar de mí sin necesidad de mencionarme. Ese día, al poco de que papá comenzara su intervención, mamá se levantó del sofá, como si tuviera algo que hacer, pero la verdad es que me había leído el pensamiento. Ella podía leer mi pensamiento y yo el suyo, gracias a eso evitábamos las situaciones que traían a nuestra memoria el «accidente». Permanecí delante de la tele para disimular, como si el asunto de la novela criminal no me concerniera, y así escuché hablar a papá de una autora llamada Patricia Highsmith (qué apellido difícil) de la que recomendó dos novelas, *Mar de fondo* y *Ese dulce mal*. No las he leído; de hecho, no he sostenido nunca entre mis manos, por miedo a delatarme, una novela policíaca, pero me identifiqué con los títulos, que, de nuevo, como los de Dostoievski, formaban parte de mi biografía. ¿Acaso no era un mar de fondo aquella agitación continua que ocurría en las profundidades de mi conciencia? ¿Y no era un dulce mal la lástima que mamá sentía por mí?

¡Cómo deseé, escuchando a papá, ser yo el autor de aquellas novelas

policíacas! Aquel día, por la noche, tomando todas las precauciones del mundo, empecé a escribir en un cuaderno mi biografía criminal. Lo escondí luego debajo del colchón, en el centro de la cama, donde nadie pudiera dar con él, y me acosté y me dormí muy pronto y al día siguiente, creo que por primera vez en mi vida, no había mojado las sábanas. Fue entonces cuando pensé que escribir era un modo respetable de seguir meándose en la cama.

14

La separación de mamá y papá, aunque de «mutuo acuerdo», estuvo llena de discrepancias recíprocas. Discutieron mucho por el piso y por otros bienes de cuya existencia yo no había oído hablar (unas tierras, en el campo, donde papá pensaba hacerse una casa para «retirarse a leer»). Pero las peleas más enconadas se dieron a la hora de repartir la biblioteca. Papá defendía que era suya en un 99% y que dividirla a la mitad, como pretendía mi madre, significaba mutilarla. Una biblioteca, según él, era una estructura indivisible, lo mismo que la maquinaria de un reloj, de modo que no estaba dispuesto a transigir en eso. Un día, en una de aquellas peleas, pidió a mamá que eligiera, como «ejercicio retórico», los libros que le gustaría llevarse. Mamá empezó a decir este sí, este no, etc., y yo tuve la impresión de que elegía los que él consideraba más suyos. A lo largo de la negociación, mamá llegó a proponer, creo que en serio, dividir todos y cada uno de los volúmenes por la mitad. Las discusiones se producían de noche, cuando creían que yo estaba dormido. Por eso supe que formé parte de uno de los lotes. ¡Está bien!, gritó papá un día, ¡te llevas toda la novela policíaca, pero cargas también con el niño de los cojones!

Me inquietó formar parte de la novela policíaca, pero al menos papá se quedó con Dostoievski. Así que *El idiota* y *Crimen y castigo* se marcharon, pero *Mar de fondo* y *Ese dulce mal* se quedaron. La librería quedó llena de huecos que angustiaban a mamá. Mamá leía mucho también, aunque no al modo de papá. Papá leía como si entre el libro y él se produjera un intercambio de fluidos, como si copularan en una suerte de coito tranquilo (creo que el de los caracoles es así), aunque no sabría decir quién penetraba a quién. Quizá si me hubiera leído a mí como a los libros, yo jamás habría

dejado caer sobre los coches aquella canica de cristal. Los primeros días después de la marcha de papá, mamá lloraba con frecuencia. Creo que fue entonces cuando dejó de leer para no volver a hacerlo nunca más. Dejaron de entrar libros en casa, lo que para mí, teniendo en cuenta el carácter acusatorio de muchos de sus títulos, fue un alivio. De un día para otro, no sé cómo, los huecos vacíos del mueble adquirieron la condición de libres y mamá comenzó a utilizarlos para iniciar una colección de elefantes con la trompa levantada.

15

Pasa el tiempo y cumplo dieciséis años. Ya sé que la chica que sobrevivió al «accidente» se llama Irene y que tiene una pierna artificial, aunque no es tuerta. Nos vemos desde hace tiempo de forma regular, ella dice que somos novios, lo que escucho con una mezcla perturbadora de pánico y placer. Llevo la relación en secreto porque temo lo que pensaría mamá si lo supiera. Irene vive con unos tíos, que la acogieron al quedarse huérfana como si fuera hija suya. Ya me ha contado lo del «accidente» en el que perdió a sus padres y a su hermano, además de la pierna izquierda. Dice que le tuvieron que reconstruir la cara y que, cuando complete su crecimiento, le harán una operación de cirugía estética (una más, lleva cuatro) que convertirá la cicatriz del rostro en una línea apenas perceptible. También le arreglarán un poco el párpado izquierdo y la ceja. Tengo la impresión de que me dice todo esto como una promesa, por lo que me siento muy mal y le contesto que está muy guapa así y que no necesita hacerse nada.

Para no mearme en la cama, continúo escribiendo mi historia criminal. Mejor dicho, la escribo, la rompo, y vuelvo a escribirla, pues cuando lleno un cuaderno, lo destruyo por miedo a ser descubierto y vuelvo a comenzarla en otro que también destruiré. Siempre estoy empezándola, como si se repitiera todos los días de mi vida. Pero cada versión es un poco diferente, porque aunque los sucesos no se pueden cambiar, mi forma de mirarlos se modifica con el paso del tiempo. Escribo para ser leído por mi padre, aunque todavía no.

Por esas fechas mi madre pronuncia un día el término *morboso* para referirse a un asunto turbio relacionado con mi padre. De este modo pongo nombre a un rasgo de mi personalidad. Si no fuera morboso, tampoco me

habría hecho novio de una chica cuya vida alteré gravemente. Desde esa palabra llego, en un tránsito natural, a esta otra: *psicópata*. Me pregunto si seré un psicópata de los que salen de vez en cuando por la tele y a los que observo con una atención desmesurada, intentando descubrir con preocupación algunos de sus rasgos en los míos. En todo caso, ya no podría renunciar a la compañía de Irene, de la que estoy «morbosamente» enamorado.

16

Irene es muy religiosa. Toda su familia lo es. En el colegio privado de pijos y pijas al que va dan mucha importancia a la religión. Se confiesa los sábados y los domingos va a misa. No entiende la arreligiosidad de mi familia de la que yo no sé qué decirle porque no se trata de una arreligiosidad activa. Dios no está presente en nuestras vidas, eso es todo. Cuando se entera de que ni estoy bautizado ni he tomado la primera comunión, se queda espantada. Dentro del espanto me parece advertir no obstante una porción de gusto: quizá el que le proporciona la posibilidad de convertirme.

Como la religión le prohíbe efectuar «actos impuros», no ha permitido que la bese todavía en la boca. No le importa, en cambio, que le toque la pierna artificial. Suelo hacerlo en el cine. Yo me coloco a su izquierda y al poco de empezar la película deslizo mi mano derecha hasta el borde de su falda acariciándole repetidamente la rodilla y la parte del muslo que todavía es prótesis. Cuando atravieso la imprecisa frontera que separa la ortopedia de la carne, me retira la mano con firmeza. Si me conmueve tanto su pierna artificial, ¿qué ocurrirá cuando le toque la de verdad?

Siempre vuelvo a casa nervioso por la excitación sexual, creo que con cara de extravío, y mi madre me pregunta que de dónde vengo. De estar con los amigos, le digo antes de encerrarme en la habitación o en el cuarto de baño para masturbarme. Los amigos son cuatro o cinco compañeros de clase que ella conoce y con los que he comenzado a fumarme los primeros cigarrillos, que no me sientan bien. Tampoco me caen bien el alcohol ni los porros que a veces no tengo más remedio que consumir para parecer normal. No soy uno de ellos, pero ellos no se han dado cuenta. Mamá sí, mamá sabe desde siempre que no soy uno de ellos y creo que se asombra de mi

capacidad para el disimulo. A veces la sorprendo mirándome pensativa, como si se extrañara de mí, como si yo fuera para ella, todavía, un enigma. Pero cuando vuelvo la cabeza, retira su mirada y dice cualquier banalidad relacionada con la vida diaria. Que si he estudiado bastante o he recogido mi cuarto. Le da miedo iniciar una conversación seria, una conversación que pudiera conducirnos a hablar del «accidente».

17

Durante un tiempo, después de la separación, continué viendo a mi padre, aunque no mucho. Dormí uno o dos sábados en su casa y fuimos juntos al cine tres o cuatro veces. Era tal su rechazo hacia mí que no hubo manera de fundar una relación estable. De otro lado, cuando dejaron de llamarle de la tele, su vida comenzó a declinar. Engordó bastante en poco tiempo y se dejó una barba que, no importaba cómo fuera vestido, le proporcionaba la apariencia de un indigente. Cuanto mayor era su declive, más me odiaba a mí, que me desquitaba internamente de su odio con la idea de que un día, si seguía escribiendo, no tendría más remedio que leerme. Imaginar a mi padre leyendo un libro mío, pero sobre todo un libro en el que diera cuenta del «accidente» y sus alrededores morales, me proporcionaba una paz solo comparable a la que me aportaba la idea del suicidio.

Por eso, al sobrevenirle tras el cierre del programa de libros de la tele aquella depresión, pensé con espanto en la posibilidad de que también él dejara de leer, como mi madre. En mi imaginación, no había entre nosotros otro vínculo que el que une al escritor con el lector (al que moja las sábanas con el que hace la cama). Tanto si él abandonara la lectura como si yo renunciara a la escritura, ese lazo quedaría roto, idea que me proporcionaba, absurdamente, una angustia sin límites. Por fortuna, un grupo de compañeros y amigos de la facultad le animó entonces a preparar las oposiciones a cátedra, lo que le condujo a afeitarse la barba y a adelgazar. Y aunque no recuperó nunca su peso anterior, volvió a ser un poco el de antes, es decir, el que «salía en la tele». Digo esto porque en el instituto, al comenzar el curso, algunos profesores me preguntaban si era hijo del que «salía en la tele», como si el mero hecho de salir en la tele, con independencia de que se saliera

en condición de payaso o de cirujano, fuera un trabajo. Llevó muy mal, en fin, el hecho de dejar de salir en la tele, pero lo compensó en parte con esta nueva meta de alcanzar la cátedra. También le ayudaron mucho unos «talleres de lectura» que comenzó a impartir entonces en su casa y a los que acudían, además de sus alumnos más sobresalientes, algunos de los escritores damnificados por el cierre del programa de libros de la tele. Le obsesionaba la idea de tener discípulos.

18

Como no soy, en sentido estricto, un lector, ignoro qué significa exactamente leer o qué consecuencias tendría dejar de hacerlo. Pero sí sé que a mi madre, con el paso del tiempo, le sentó bien abandonar la lectura. Atravesados los primeros momentos de duelo, volvió a la vida con más energías que antes. Casi de un martes para un miércoles, en casa se empezó a escuchar música, sobre todo música popular, canciones de moda, de la moda de aquellos días. Y ella volvió a ser joven, me recordaba a la mujer guapa que iba a recogerme al colegio cuando yo era así de pequeño y a la que los chicos mayores miraban de un modo que a mí me avergonzaba y aturdía. Los discos empezaron a significar en su vida lo que en otro tiempo habían significado los libros, e intuí que en el mundo de los libros, comparado con el de los discos, había algo hondamente siniestro, algo, cómo diría, profundamente cardenalicio, oscuramente académico, siniestramente togado. Pero yo necesitaba vincularme a ese mundo, aunque solo en calidad de escritor.

Mi madre se convirtió en otra, no sé si en otra anterior o en otra nueva, quizá en una mezcla de ambas. Adiviné enseguida que había comenzado a salir con un compañero de trabajo que no tardó mucho en quedarse a dormir en casa algunos días de la semana. Así las cosas, yo pasé a ocupar en su vida un lugar secundario. Como seguía leyendo su pensamiento (ella, en cambio, perdió con la dicha la capacidad de leer el mío), me di cuenta de que, en la medida en que no me había convertido en un psicópata, la había decepcionado (para bien). Finalmente, era un chico normal, con las ventajas e inconvenientes de cualquier chico normal de mi edad. Al principio, la «decepción» la descolocó un poco, pero luego se acostumbró a ella viviéndola como un alivio. Su hijo no era un enfermo, no había cometido

ningún crimen (involuntario o no), solo en su imaginación yo había sido el causante del «accidente» que pudrió nuestras vidas. Al poner en tela de juicio su perspicacia como madre, se culpó de haberme imaginado arrojando la bola de cristal contra los coches. Aquello que había amargado su existencia, que quizá había roto su matrimonio, no había sucedido jamás.

19

A los periodos de embotamiento mental les sucedían momentos de dolorosa lucidez en los que caía en la cuenta de lo monstruoso de mi situación: ¡salía con la chica cuyos padres y hermano habían muerto por mi culpa! Entonces me ponía a sudar, porque tal es el síntoma dominante de mis crisis de miedo. Primero, el sudor (frío o caliente, de forma azarosa); luego, una constricción intestinal insoportable. ¿Cómo, habiéndome dado tanto horror la sola posibilidad de leer *Crimen y Castigo*, había caído sin embargo en la tentación de acercarme a Irene?

Ahora he cumplido diecisiete, llevo más de un año saliendo en secreto con mi víctima, que está tan colgada de mí como yo de ella. Dado que lo oculto ocupa más espacio que lo manifiesto, Irene advierte que tengo un secreto cuya naturaleza intenta desentrañar. En cierta ocasión, me invita a acudir a unos ejercicios espirituales de fin de semana. Daño no te van a hacer, me dice. Voy a su parroquia, me apunto, a mi madre le explico que dormiré en casa de un amigo. El retiro espiritual se lleva a cabo en una finca de las afueras de Madrid, propiedad del obispado, creo, donde hay un caserón sombrío con habitaciones desabrigadas y una ermita. La atmósfera resulta sobrecogedora, pues los encuentros giran en torno a la muerte. Los participantes no podemos hablar entre nosotros, los chicos y las chicas permanecemos separados. Irene y yo intercambiamos miradas de complicidad desde un extremo a otro de la sala de conferencias mientras un sacerdote habla del pecado original como de una llaga con la que venimos al mundo. Se trata de un daño que está en nuestra naturaleza, que nos conforma y que transmitimos a nuestros descendientes del modo en que transmitimos la información genética. A los que participan en el retiro no les impresiona la

información porque están acostumbrados a ella. Para mí en cambio es una novedad que evoca mi propio pecado original, mi crimen. Cuando regreso a la habitación, pienso que si me casara con Irene, si tuviéramos hijos, heredarían el estigma del que soy portador. El secreto, aun sin necesidad de que lo conocieran (o conociéndolo sin conocerlo), se manifestaría de algún modo en mis descendientes y en los descendientes de mis descendientes. Paso la noche en vela y al amanecer decido romper con Irene.

20

Pero no rompo porque el domingo por la noche, al regresar a Madrid tras el retiro espiritual, invito a Irene a subir a mi casa. Sé que mi madre está fuera porque me ha puesto un mensaje (dormirá en casa de su novio). Es la primera vez que Irene y yo nos encontramos solos en un piso. Ella ha llamado a sus tíos poniendo alguna excusa para llegar tarde. Avanzamos por el pasillo con toda la vergüenza y todo el ardor de la primera vez. Mientras nos acercamos al salón, repaso mentalmente las partes de su pierna mecánica, que he buscado en internet. Tras el chasis de plástico o resina que imita las calidades de una pierna de verdad, se esconde un esqueleto de acero y titanio con una rótula que reproduce la articulación de la rodilla y sus funciones. Se trata de una tecnología importada de Estados Unidos donde, gracias a las presiones de los veteranos de guerra, la investigación sobre prótesis ha recibido un impulso formidable. La pierna de Irene está basada en el llamado «principio del hueco de succión», que obliga a la prótesis a permanecer pegada al muñón del muslo sin las ataduras o correajes tradicionales. Sus usuarios pueden realizar con ella casi todos los movimientos de una pierna natural, aunque con una torpeza que se traduce en una cojera evidente.

He tocado muchas veces en el cine esa pierna fría, la he acariciado hasta la extenuación, mis dedos han alcanzado con frecuencia la borrosa frontera entre la tecnología y la piel… Sospecho que mi excitación es monstruosa, pero no puedo negarla ni reprimirla. A veces, cuando me masturbo, imagino que toda Irene, desde la cabeza hasta los pies, es una reproducción casi perfecta de una chica auténtica. Y me gusta la idea, me atrae de un modo enfermizo, como si yo mismo, en el momento del accidente, hubiera muerto, siendo sustituido por la copia de un ser humano pegada, como un miembro

ortopédico, a mi memoria. En todo esto pienso, excitado, mientras progresamos hacia el salón de casa, el mismo donde aún permanece el sillón de orejas en el que mi padre leía *El idiota* y *Crimen y castigo*, las dos novelas que le hablaban de mí, de ese hijo al que, paradójicamente, apenas conoce. Mirad cómo avanzo, oscuro, con el pene tristemente erecto bajo los pantalones.

21

Allí mismo, en el salón, comenzamos a besarnos; en realidad, para mi desconcierto, ha tomado ella la iniciativa, como si el retiro espiritual hubiera quebrado sus defensas con relación a los «actos impuros». Dado que es más baja que yo, para buscar mi boca ha de levantar la cara, me recuerda el gesto de los polluelos en el nido, cuando la madre llega con el gusano en el pico. Yo tengo una lengua que arrojo fuera y deslizo entre sus labios sin hallar, por primera vez desde que comenzáramos a besarnos, resistencia alguna. Mientras su mano derecha, colocada en mi nuca, presiona mi cabeza hacia abajo, su brazo izquierdo rodea mi cintura presionando su cuerpo contra el mío. Estamos tan pegados el uno al otro, que tiene que notar el bulto de mi pene en su vientre. Es la primera vez que estoy con una chica en una situación semejante e Irene se está estrenando también. Si me doy cuenta de que esa falta de experiencia es una forma de ceguera, es porque en esos instantes vivo dos vidas, la del que ve y la del que no ve. Con la vida del que ve me hago cargo del ciego y, con la del que no ve, del vidente. Así, sin lograr entregarme del todo, porque no sé, le levanto la falda y comienzo a explorar sus muslos, los dos, advirtiendo las diferencias entre el derecho y el izquierdo. Una vez rastreada esa región, y no considerando adecuado todavía acercar mis dedos a las ingles, saco de allí las manos y las conduzco ahora, por debajo de la blusa, a sus pechos, intocados desde el comienzo de nuestra relación. No estoy seguro de disfrutar, parezco más un inspector de terrenos que un amante. Ella, en cambio, no sufre desdoblamiento alguno. Me doy cuenta porque de vez en cuando abro los ojos y observo su entrega, con la que tantas veces había soñado y que ahora, en cambio, me da miedo. Todas sus energías parecen puestas en su cuerpo, todo en ella es cuerpo, como si, al

contrario de mí, hubiera sido capaz de suspender provisionalmente las funciones de su mente. El contacto de sus pechos provoca tal sacudida en mí que eyaculo sin remedio por encima de la goma de los calzoncillos. Me aflojo enseguida, como una estructura desencuadernada, y el calor del jugo seminal me produce una extraña culpa, la del que moja las sábanas. Entonces, Irene vuelve en sí.

22

Decía que Irene vuelve en sí y yo, aturdido, le pido perdón por eyacular (o por mearme en la cama, o por haber acabado con la vida de sus padres y su hermano, o por ser el responsable de su pierna artificial, ¿cómo saber por qué le pido perdón a esta chica que es la primera y quizá la última chica de mi vida?). Irene se ríe y dice que no me preocupe, que también ella ha tenido lo suyo («también yo he tenido lo mío»). Deduzco que ha gozado de un orgasmo, quizá de un orgasmo minusválido, cuya explosión he provocado, pero a la que he permanecido ajeno. De algún modo, sin darme cuenta, he acertado con lo que había que hacer. En todo caso, ella tiene, si no más experiencia, más arrojo que yo, pues pregunta ahora por mi dormitorio, adonde la conduzco todavía aturdido y donde no sé muy bien cómo, pues mi memoria está llena de agujeros febriles, acabamos desnudos en la cama. Ella me ha preguntado antes por mi madre y yo le he dicho que no volverá hasta el día siguiente. Luego se ha quitado la pierna artificial, abandonándola en el suelo, fuera de mi vista, donde se dejan los zapatos.

Yo tengo un susto atroz, un susto muy superior a la excitación porque creo que estoy arrojando al aire otra canica de cristal y me pregunto a quién matará en esta ocasión, si a ella o a mí, en el caso de que no acabe también con las vidas de otras personas que permanecen fuera del dormitorio. Es ella, pues, la que hace y deshace, como si sus prejuicios acerca de los «actos impuros» hubieran desaparecido de golpe, sin lógica, lo que me extraña mucho; siempre pienso en la lógica de las cosas. Es ella la que juega con mi cuerpo, más que yo con el suyo. Es ella la que me va guiando, la que me dice ponte encima, la que toma mi verga y la guía hacia su destino. Y aunque noto brevemente la ausencia de su pierna, vivimos una unión tan delirante que no

sé muy bien qué miembros pertenecen a mi cuerpo y qué miembros al suyo. ¿Qué te pasa?, pregunta porque es sensible a mis reservas. El embarazo, digo yo. No te preocupes, dice ella, he estado con el periodo hasta esta mañana. Ignoro cuánto hay de científico en esa consideración, pero me libera durante unos segundos, hasta que caigo en la cuenta de que la estoy desvirgando, lo que me hace pensar en la sangre. ¡La sangre!, digo ahora. ¿Qué sangre?, dice ella. La del virgo, digo yo sintiéndome absurdo. Lo perdí en el accidente, dice.

23

En estas, gano en el instituto un concurso literario de ámbito nacional patrocinado por Coca-Cola. Mi cuento ha tenido que competir con más de tres mil originales procedentes de toda España. Recibo la noticia con la misma sorpresa con la que me enteré del orgasmo de Irene, también con la misma falta de expresión. Está claro que algo he hecho bien de nuevo, pero no sabría decir qué. Por vergüenza, oculto en casa lo del premio, como si escribir fuera, en efecto, otro modo de mearse en la cama. Fantaseo sin embargo con la idea de que se entera mi padre. Que se entera y que lee el relato premiado, que trata de un hombre que no quiere a su hijo, un hijo cuya vida, en cambio, no tiene otro sentido que la búsqueda de la aceptación paterna. He ahí una gran meada. Quizá, de todas las mías, la que más asco le daría ver, la que lo confirmaría en su rechazo.

El caso es que entre unas cosas y otras mi madre se entera de lo del premio y me pide el texto. Lo lee delante de mí y llora. Yo permanezco inexpresivo por fuera, pero ardo por dentro. Ardo de vergüenza y de satisfacción y de pánico, y de qué más ardo; de muchas cosas: ardo de vanidad, y de una suerte de venganza cumplida, y de piedad por mí mismo, porque ese chico al que su padre no quiere se suicida en el cuento al regresar un día del colegio, arrojándose por un puente que da a la autopista. Ardo también entonces del miedo a que mi madre reconozca ese puente. Y siento por el personaje del relato la misma pena que sentía en aquella época por mí. Pero mi madre no asocia el puente del niño suicida de la ficción con el del niño asesino de la realidad, no advierte que se trata del mismo puente, y del mismo niño. ¿Significa que soy libre?

Cuando lo termina de leer, se enjuga las lágrimas y dice me has hecho

llorar y qué gran cuento y que se lo envíe a mi padre y yo que no, que me da vergüenza y ella que qué vergüenza ni qué niño muerto (¡qué niño muerto!), que mi padre se sentirá muy orgulloso y le llama en ese instante por teléfono y le da la noticia y él dice que la había leído en algún sitio, pero que no pensó que se tratara de mí, como si mi nombre y mis apellidos, cuando se mencionan para algo bueno, tuvieran por fuerza que pertenecer a otro.



24

Es sábado, voy a comer a casa de mi padre. Le he enviado hace días mi cuento sin obtener respuesta alguna. Llego pronto, por la impaciencia de saber si lo ha leído, y lo sorprendo en medio de un taller de lectura. Hay nueve o diez alumnos que se aprietan en el pequeño salón, distribuidos entre el sofá, la alfombra, y unas sillas de tijera. Me siento en el suelo y le observo hablar, moverse. Tiene entre las manos el libro sobre el que trabajan, que no es por fortuna de Dostoievski, tampoco una novela criminal. Al observarlo frente a su público, me acuerdo de cuando mamá y yo lo veíamos en la televisión. Me viene a la memoria lo grande que nos parecía al principio y lo pequeño que nos resultó después. La tele hizo de él un hombre necesitado de audiencia: solo habla para gustar. Lo peor que le puede ocurrir a una novela, dice ahora con gesto de ironía a los alumnos, es que esté bien escrita y que se lea bien. Me pongo rojo de vergüenza porque eso fue más o menos lo que dijeron de mi cuento al premiarlo: que estaba bien escrito y que se leía bien.

Terminado el taller, cada uno recoge su silla, la pliega y la guarda en un armario empotrado del pasillo. Luego se van todos menos una de las alumnas a la que mi padre ni siquiera me presenta, aunque sí me informa de que «Sara comerá con nosotros». Sara, que evidentemente es su novia, apenas tiene seis o siete años más que yo. Si hace un rato la deslumbraba con su discurso literario, ahora se dedica a impresionarla con sus dotes culinarias. Me pregunto por qué necesito que este idiota opine sobre mi relato mientras le oigo hablar con Sara del secreto de los espaguetis con berberechos.

Durante la comida se dirige por fin a su novia (aunque con una sonrisa irónica, más que de orgullo), para decirle que he ganado el concurso de cuentos de la Coca-Cola. Ella, con la boca llena, pone cara de asombro y me

mira como solicitando más información. Patéticamente, como un niño demostrando sus habilidades ante los mayores, la informo de que se trata de un concurso nacional al que se presentaron más de tres mil originales. Ella asiente con expresión de respeto y pregunta a mi padre qué tal está el cuento. No tengo ni idea, dice él, ya sabes que no leo textos premiados.

25

Mi padre no lee textos premiados, textos que nacen con el pecado original de la comercialidad, textos que leería cualquier idiota porque los habría escrito cualquier bobo. Apenas he comenzado a escribir y ya me he convertido en lo que él más detesta: en un autor de éxito. ¿Creéis que soy capaz de reaccionar ante sus palabras? ¿Pensáis que me levanto violentamente de la mesa y me voy a la calle después de haberle mandado a la mierda? Nada de eso, se me endurece un poco la máscara de neutralidad que tengo por rostro y sigo comiendo los putos espaguetis minoritarios cocinados por este hombre al que llamo papá y que me llama hijo.

Apenas terminamos de comer, escapo de su casa arguyendo que he quedado con unos amigos. La verdad es que he quedado con Irene, aunque más tarde, pues había imaginado, idiota de mí, una sobremesa larga, con una conversación que girara alrededor de las virtudes de mi cuento. Todavía me parece imposible que no lo haya leído. Ningún padre, creo, se portaría de ese modo. Entonces es que le ha parecido una basura y tal es su modo de decírmelo, o que se ha reconocido con disgusto en el protagonista, ese hombre que no quiere a su hijo… Para decirlo todo, la aversión de mi padre hacia mí no entra en las categorías del querer o no querer. Yo diría que el tipo de afecto que siente por mí es al amor lo que la muerte es a la vida: la complementa y la excluye a la vez.

Cuando me encuentro con Irene, tras haber caminado como un loco durante tres horas para aplacar la rabia, me pregunta con expresión de susto si me ocurre algo. ¿Por qué?, digo. Estás desencajado, dice ella. Se lo explico, le explico que he comido en casa de mi padre para que me dijera algo sobre el cuento del hombre que no quería a su hijo y resulta que ni siquiera lo ha

leído. Ella me besa y dice que no le dé importancia, que lo mejor es que acepte que me ha tocado un padre raro y que no espere de él más de lo que me puede dar. Sus palabras tienen un efecto balsámico inmediato, de modo que enseguida me olvido del asunto. Hablamos una vez más del cuento, que a ella le ha gustado mucho, igual que a mi madre. Está estupendamente escrito y se lee muy bien, concluye sin saber que me mata.

26

Irene y yo nos volvemos adictos el uno al otro. Aprovechando las ausencias pautadas de mi madre, nos citamos en casa, donde entablamos batallas amorosas en las que perecemos los dos. Rotos los límites impuestos por la desconfianza o el pudor característicos de los primeros encuentros, cada uno investiga obsesivamente con la lengua y los labios el cuerpo del otro valorando el sabor de sus jugos, el tamaño de sus irregularidades y la profundidad de sus grietas. Tras cada una de las descargas, nos miramos sobrecogidos, como preguntándonos si es normal este modo de hacer las cosas.

Cuando recuerdo a Irene sus escrúpulos religiosos, se ríe y volvemos a empezar, pues las mismas cautelas que antes frenaban su excitación ahora la estimulan. Parece mentira que algunas partes de mi cuerpo continúen en su sitio tras el paso por ellas de su boca voraz. Y no salimos de un polvo cuando ya estamos en el otro. Conozco su cuerpo palmo a palmo, centímetro a centímetro, pero no logro evocar sus pliegues al quedarme solo. En una suerte de expiación, de enmienda, de penitencia de la que obtengo un placer desmesurado, he lamido las líneas del muñón de su muslo hasta agotarme. A veces le pido que se deje la pierna puesta, para probar todas las variedades posibles del amor, y ella no me dice que no. Y cuando se queda satisfecha y cae en una especie de letargo que recuerda, por su expresión, al de los drogadictos, juego a quitársela y a ponérsela.

No solo la pierna, también le pongo las bragas y el sujetador y la falda, me gusta mucho vestirla y a ella que la vista. Y entonces me acuerdo de mi padre y de su novia, la tal Sara, y me digo que es imposible que él la satisfaga a ella como yo a Irene y eso me proporciona también un oscuro placer porque

se trata de un placer lleno de rabia, incluso de odio, como si en el acto de follar, igual que en el de escribir, se ejerciera extrañamente un modo de desquite. Irene no deja de animarme a seguir escribiendo, me ve ya como a un autor famoso al que mi padre, tarde o temprano, no tendrá más remedio que leer. Y quizá, pienso yo, no tendrá más remedio que hablar de él (bien) en uno de esos talleres de lectura de los sábados.

27

Un día estamos Irene y yo en la cama cuando llega mi madre de improviso. Absortos como nos encontramos en nuestras manualidades venéreas, no la hemos oído entrar ni avanzar por el pasillo. De golpe, se abre una grieta en nuestro universo cerrado y esa grieta tiene forma de puerta y en medio de ella hay una mujer que es mi madre, a la que Irene y yo miramos con espanto al tiempo que ella nos observa con horror. Interrumpidas todas mis funciones cerebrales, no sabría decir cuánto dura la suspensión temporal, quizá solo unos segundos, unos segundos que poseen sin embargo el sabor y la textura de la eternidad. Mi madre detiene primero su mirada en el rostro de Irene, después en su pierna incompleta, luego me mira a mí con expresión de pánico, porque acaban de caérsele de los ojos todas las vendas y porque ya no hay manera de engañarse respecto a la autoría del «accidente». Se ha descorrido con estrépito la cortina que ocultaba el secreto de nuestras vidas.

Pasado ese instante, la puerta se cierra de nuevo, pero ya la burbuja está rota y yo también. Con la visión periférica veo a Irene incorporarse y recuperar la pierna de los pies de la cama, y veo también que, en lugar de ponérsela, desconcertada como está al intuir que ha sucedido algo más de lo que ha sucedido, da dos o tres saltos a la pata coja, con la pierna colgando de su mano izquierda mientras recupera con la derecha parte de su ropa desperdigada por la habitación. Entonces se abre de nuevo la puerta, esta vez de forma extremadamente violenta, y aparece de nuevo mi madre, ahora hecha una furia, una vacante, una loca, y se pone a gritar. Primero a mí: ¡Estás enfermo, hijo, estás enfermo, enfermo, enfermo! Luego a ella: ¿Sabes quién es?, le grita señalándome, ¿sabes quién es este degenerado con el que estabas en la cama? E Irene, en equilibrio sobre una sola pierna, quizá en

equilibrio sobre su existencia, grita a su vez que sí, que lo sabe, que lo ha sabido siempre y que salga ahora mismo de la habitación y que nos deje solos. Cuando mi madre sale, le pregunto con horror qué es lo que sabe y llega dando saltos hasta la cama y se echa a llorar y dice que lo sabe todo. Pero ¿cómo?, digo yo, aturdido, cómo lo sabes. Porque tú, dice ella, no hablas de otra cosa.



28

Cuando abandonamos la habitación, mi madre no está en casa, pero ha dejado una nota. Dice que no quiere verme, que me tiene miedo y lástima y que me vaya de momento a casa de mi padre. Irene, por su parte, me besa entre lágrimas diciéndome que no me preocupe, que el «accidente» es un asunto entre ella y yo y que solo a nosotros nos importa. Yo vuelvo a preguntarle cómo ha averiguado mi participación en él y ella repite que se lo he dicho yo, que se lo decía sin darme cuenta cada vez que le preguntaba si había perdonado al autor de la muerte de sus padres y de su hermano, si sería capaz de encontrarse con él, de hablarle, si no le guardaba ya ningún rencor. Y al ver que ahora, lejos de despreciarme, me quiere más que antes, siento por ella una repulsión que me hace daño.

Ya estamos en la calle. Como es habitual, se ha colgado de mi brazo para disimular la cojera. Cuando advierto que la gente nos mira, me acuerdo de que Irene es fea y de que es fea en parte por la cicatriz que atraviesa su rostro y por la ceja mutilada. Me hago entonces las preguntas de mi madre. ¿Cómo he podido?, ¿cómo he sido capaz?, ¿qué clase de enfermedad tengo en la cabeza? Ya estamos en la parada del autobús que conduce a su casa, ya le digo que me disculpe, que no puedo acompañarla, pues me encuentro muy mal, ya me dice que no me apure, que me vaya, pero que no me agobie porque todo va a salir bien y que tal vez haya sido mejor que se hayan puesto por fin las cartas boca arriba. Se me queda grabada la expresión «cartas boca arriba», que describe bien lo sucedido. Pero si antes me despreciaba por quererla, ahora me desprecio por haberla dejado de querer.

Ya de noche, después de haber caminado sin rumbo hasta el aturdimiento, llamo al timbre de la casa de mi padre, que me abre la puerta sorprendido y

me invita a pasar. Está con Sara, su novia, viendo una película en blanco y negro. Le digo que mi madre y yo nos hemos enfadado. ¿Por qué?, pregunta. Porque me ha sorprendido con una chica en la cama, contesto. Al ver la expresión de extrañeza de él y de su novia, digo absurdamente que la chica era coja. Luego, como aún continúan observándome de forma interrogativa, añado que le faltaba una pierna. Mi padre y Sara se miran entonces desconcertados y estallan al mismo tiempo en una carcajada que me aterra.

29

Mi padre y mi madre hablan por teléfono, pero ella se limita a decirle que está disgustada conmigo y que prefiere no verme en una temporada. Le ha ocultado la identidad de la chica sin pierna con la que me encontró en la cama. ¿Me protege? ¿Protege a mi padre? ¿Se protege a sí misma? Ni idea, pero no me gusta del todo el hecho de que mi padre permanezca fuera del secreto. Me recuerda aquellos días de mi infancia en los que mamá le ocultaba que yo había vuelto a mearme en la cama. No he olvidado cómo recogía las sábanas, cómo las enrollaba, cómo las llevaba clandestinamente a la cocina… Recuerdo también la confusión entre mi gratitud superficial y mi rabia profunda, como si hurtara aquellas meadas a aquel al que iban dirigidas.

He vuelto a la habitación en la que dormí los primeros fines de semana que sucedieron a la separación de mis padres y que ahora está llena de libros apilados sobre el suelo. He tenido que abrirme paso a través de ellos y quitarlos también de encima de la cama. Atravieso gran parte del insomnio de la primera noche buscando *Crimen y castigo* y *El idiota*, mis dos biografías, pues siento que de repente me he hecho mayor y que ahora sí sería capaz de leerlas. Pero no están, o no doy con ellas en ese desorden que es nuevo en la personalidad de mi padre, o en el recuerdo que tengo de ella.

Al día siguiente me encuentro con Irene y le digo que no podemos seguir. Le oculto que ya no la quiero, sobre todo que he dejado de quererla al comprobar que ella sigue queriéndome después de que las cartas se hayan puesto boca arriba. Acudo para abandonarla a los recursos más miserables de toda la vida de los hombres: no te merezco, no podría mirarte a la cara sabiendo lo que sé y sabiendo lo que tú sabes de lo que sé, *etc*. Mientras mi boca segrega argumentos como la de los reptiles segrega veneno, comprendo

que estoy lanzando de nuevo al aire la canica y que en esta ocasión tiene una destinataria concreta: Irene. En cierto modo, la estoy matando para acabar con el último testigo de mi crimen. Pero eso no me libera, o se trata de un tipo de liberación que es al mismo tiempo un castigo (¿el que sucede al crimen?).

Mi padre no ha vuelto a casa, pero está Sara, que pregunta si me ocurre algo. Le digo que no y me encierro en mi habitación.

30

A los cuatro días de vivir en la casa de mi padre, percibo un cambio en su modo de mirarme, como si me hubiera perdonado ser un autor Coca-Cola, incluso como si de repente me quisiera. Quizá le fascina el hecho de que me acueste con chicas sin piernas. Lo cierto es que disfruta presumiendo de «hijo raro» ante Sara. Eso me gusta por un lado y me apena por otro, pues lo que yo más he deseado en la vida es ser normal. Pienso que se relaciona conmigo como con sus libros, a los que aprecia más o menos en base a su singularidad. Ha descubierto, en fin, que tiene un hijo como el que descubre en su biblioteca un volumen interesante, de bibliófilo, cuya existencia ignoraba. Su descubrimiento guarda un vínculo incomprensible con el hecho de tener una novia apenas unos años mayor que yo. Convivir con los dos, con la novia y conmigo, bajo el mismo techo le provoca una excitación que, sin saber por qué, me resulta sombría.

Un día estoy en mi dormitorio, escribiendo un relato sobre un huérfano, cuando entra mi padre (sin llamar, por cierto). ¿Qué haces?, dice. Escribo un cuento, digo yo. ¿Sobre qué?, dice él. Sobre un huérfano, digo yo. ¿Es autobiográfico?, pregunta él con una sonrisa irónica. Bastante, respondo yo ruborizándome. Mi padre se queda mirándome sin pudor alguno mientras digiere algo que le pasa por la cabeza. Yo intento, sin lograrlo, mantenerle la mirada. Tengo la impresión de que ha bebido o de que ha averiguado algo acerca de mí que le resulta interesante (¿le habrá contado algo mi madre?).

Al cabo del rato, tras echar un vistazo a sus libros, amontonados por el suelo, dice: ¿Lees mucho? No leo nada, digo. ¿Y por qué escribes?, pregunta él. Porque tú lees, respondo yo, si hubieras sido funcionario de prisiones, habría sido preso. Los ojos de mi padre se ensombrecen, como si una nube

negra se hubiera detenido sobre sus párpados. Luego se da la vuelta y hace ademán de salir, pero se arrepiente enseguida. Ahí está, mirándome de nuevo como el que observa un enigma, un rompecabezas, como el que reflexiona sobre un problema en cuya resolución se juega algo. Déjate de huérfanos, dice al fin, escribe tu verdadera historia.



31

Y aquí está mi verdadera historia. Gracias a ella he descubierto que mi padre me quiere desde que me ve como un hijo de ficción, justo lo contrario de mi madre, que siempre soñó con un hijo real. Ella me llama de vez en cuando y me pregunta con tristeza cómo va todo. Es su modo de perdonarme a plazos porque no quiere o no puede perdonarme de golpe. Nunca habla de la posibilidad de que vuelva a su casa, pues ha decidido tener otro hijo (está ya de cuatro meses, un embarazo de «alto riesgo», he oído, por su edad) y piensa, aunque no lo dice, que yo sería una mala influencia para él.

A Sara, la novia de mi padre, no solo no le importa que viva con ellos, sino que lo agradece, le gusta la ficción también. Cuando le dice a mi padre que soy «muy cómodo», él me mira con gratitud y perplejidad, preguntándose, supongo, cómo aquel idiota real que se meaba en la cama ha acabado en esta cosa imaginaria que se acuesta con chicas mutiladas. De vez en cuando aún me pregunta por Irene como el que pregunta por el argumento de una película y yo le digo que no salimos. Y él dice que por qué, como si me alentara a volver con ella, y yo le digo que nos hemos dado un tiempo para pensarlo, pues no estamos seguros de nuestros sentimientos. Y él dice que no diga eso de que no estamos seguros de nuestros sentimientos porque es un tópico de la peor especie. Dilo de otro modo, añade, como si la vida fuera un taller de escritura o de lectura. No sabe que Irene es la superviviente de una desgracia provocada por mí un día de mi infancia en el que iba a suicidarme porque él no me quería. Si lo sabe, hace como que no.

En todo caso se enterará cuando lea este relato al que estoy a punto de echar la llave, todavía no sé si desde fuera o desde dentro. Si me quedo dentro seré un hijo de ficción el resto de mis días. Si fuera, quizá pueda

alcanzar todavía la condición de real. Luego está Irene, a la que, pese al tiempo transcurrido desde que la abandoné, quiero y desquiero cada día de la semana con idéntica violencia. Temo que acabaré llamándola y que me disculparé y que volveremos a estar juntos y que seremos felices, aunque se trate de una felicidad artificial, ortopédica. Quizá con el tiempo nos casemos y hasta tengamos hijos que yo preferiría que fueran reales, pero que a lo mejor me salen de ficción, porque siento que estoy condenado desde mi nacimiento a una suerte de irrealidad palpable.